

*ralidad, sin desfigurar mi juicio ni sobre lo bueno ni sobre lo malo, sin recargarlo de tintas chillonas o exageradas, me dejo de llevar y si no sale otra cosa, será porque no la haya o por torpeza mía, no por propósito deliberado de enmascarar la realidad o batir palmas cuando no vengan a cuento que siempre suenan a falsedad" (12).*

Y estos cuadernos no suenan a falsedad, sino a verdad. Cosas malas, habérlas, haylas siempre. Pero se engañan quienes atribuyen a la vida del pueblo, o de la ciudad de reducidas dimensiones, un carácter especialmente arisco, resentido, agresivo. Esto es justamente lo propio de los habitantes de la gran ciudad. La prisa, las incomodidades de la vida moderna en los grandes núcleos urbanos son las que confieren a sus habitantes todos esos rasgos. Aquí es donde se puede hablar —con perdón— de mala leche. La *"leche alcazareña no es mejor ni peor —nos dice Mazuecos— sino diferente"*. Y esa diferencia puede hallarse en la tolerancia que advierte Mazuecos y que quizá aquí no se aprecia por estar inmerso en ella.

*"La vida de Alcázar —leemos más adelante— con esas condiciones es como un colchón de miraguano donde se duerme tan a gusto que nadie lo rechaza. Una zurrilla y una meriendilla no se perdonan por nada y son infinitos los rinconcillos donde se "somallan" las raspas de bacalao con especial arte, pegadizo e inolvidable, que hace pasar el vino como la seda aunque sea caraqueño" (13).*

La vida de Alcázar discurre en los cuadernos, no como en una película, sino como en realidad sucedió. Si la vemos ahora de color bistre o aia de mosca, tiene así más encanto, y estas deficiencias de las imágenes ponen la distancia necesaria para que podamos comprender mejor ese pasado. Nos pone la perspectiva, el cristal. Y seguramente este recoger las cosas añejas de Mazuecos influirá en que muchos pesares y malas intenciones se disipen, como se disipan en el recuerdo. Queda la flor, viva, de lo que en verdad importa, y todo lo demás es aventado como la paja en la era.

Es especialmente interesante lo que recoge sobre medicina, y me ha llamado la atención, favorablemente, la que presta a los curanderos. Nombres algunos que me suenan mucho, como el de Coja la Cutimaña, que recomendaban a mi madre para que me librara del mal de ojo. "Amparadoras", dice don Rafael que las llamaban, *"porque amparaban lo que podían"*. *"La persona de más ascendiente y más desparpajo en el curanderismo local fue, indudablemente, la tía Antoñona"*. Y parece que la comprensión del médico don Rafael Mazuecos llegue hasta ellas (14).

Y por las páginas de los Cuadernos van apareciendo nombres de médicos que han hecho historia en el pueblo, como José Belmonte y Rafael Bonardell, que trataban en los años veinte y treinta. Y, como de paso, salen a relucir cosas preciosísimas. *"En una época de desnudismo como la presente —leemos—, chocará que se violentaran tanto antes por descubrirse —descubrirse, dice, públicamente, don Rafael—, incluso ante el médico. Entonces no era habitual, ni mucho menos, que el enfermo se desnudara para ser reconocido, ni aún estando en cama"*. Y en 1955 escribe: *"...todavía se oye a ciertas muje-*